

todo el cuerpo á las balas, vacila y cae herida mortalmente en el corazon, quedando envuelta en los pliegues de la bandera. Toussaint, el fraile é Isaac, que corren á ella al oír el fuego, la trasladan á la escena, ensangrentada y espirante.)

TOUSSAINT (llorando.)

¡Sublime jóven! tu gloriosa muerte de dos martirios te logró la palma.

¡Un hijo pierdo, y otro en tí!... ¡Ya has muerto!

¡mas su triunfo te debe nuestra raza,

ángel de la victoria! ¡ángel del pueblo!

(Queda anonadado, olvidándolo todo sobre el cadáver.)

EL FRAILE. ¡Déjanos á nosotros las plegarias!

¡Entre dos mundos esta sangre humea!

¡Acaba! ¡cumple tu mision!...

TOUSSAINT (volviendo de repente en sí, se encarama á su vez hasta la punta de la roca, coge la bandera caída de las manos de Adriana, y esclama con voz terrible:)

¡Al arma!!

(De todas las cavidades de las rocas salen soldados blancos y negros. El cañon retumba á lo léjos. Se cruzan los tiros de fusil.)

FIN.

CREEMOS HACER UN OBSEQUIO A LOS LECTORES DE LAS DOS PERLAS LITERARIAS, PRESENTÁNDOLES ALGUNOS APUNTES BIOGRÁFICOS DEL CÉLEBRE AUTOR.

Mr. Alfonso de Lamartine.

Nació este famoso y distinguido personaje por los años de 1792, siendo su padre un noble de provincia de las orillas del Saona. Su primera juventud la pasó en la oscuridad y ocupado solo en estudios, viajes y en la vida retirada del campo. Durante este tiempo habia hablado mucho con la naturaleza, con los libros, con su corazon y con su pensamiento, y cobrado un grande odio hacia el imperio, cuya servidumbre, gloriosa solo en el exterior, era en el interior pálida y sombría. La lectura de Tácito, sublevaba su alma contra la tiranía del nuevo César. Oriundo de una familia militar, religiosa y realista, habia ingresado Lamartine en los guardias del rey á la vuelta de los Borbones, como todos los jóvenes de la antigua nobleza provinciana; bien que, disgustado luego del servicio en tiempo de paz, hubo de retirarse para volver de nuevo á su independencia y á sus escursiones por el mundo. Entonces publicó algunas poesias que dieron á conocer su nombre; encargándose desde luego de proteger esta reputacion naciente M. de Talleyrand, M. Pasquier, M. Mounier, M. Royer Collard, M. de Broglie, M. de Bonald, y muy especialmente M. de Lainé, bajo cuyos auspicios entró á servir en la carrera diplomática. Conocidas despues sus opiniones liberales y constitucionales, disgustaron extraordinariamente á la corte; así que, su carácter independiente perjudicó sus adelantos, no siendo ascendido á ministro plenipotenciario en Grecia hasta el año de 1830.

Verificada por este tiempo la revolucion de julio, presentó Lamartine la dimision de su destino por respetos á la fortuna adversa de los reyes á quienes habia servido, y no queriendo participar de la fortuna próspera de los nuevos reyes, recientemente elevados. Encaminóse algun tiempo despues á Oriente; en cuyo viaje empleó dos años, y le pareció que el horizonte del mundo habia ensanchado su pensamiento. Y es que, tanto cuanto nos entristecemos á la vista de las ruinas de los imperios, otro tanto queda fortificada nuestra filosofia, porque vemos á la manera que desde las alturas de una cúspide geográfica salir, crecer y perderse las razas, las ideas, las religiones, los tronos y los pueblos. Unicamente percibimos á la humanidad trazando su carrera y multiplicando sus puntos de parada en el camino de lo infinito; pero vemos mas claramente á Dios al final de la ruta que siguen en caravana las naciones. Indagamos el objeto que se propuso la Divinidad en la civilizacion de los pueblos; y hé aquí que creemos distinguirle despues de haber adquirido la fe en el progreso indefinido de las cosas humanas. La política de este ó el otro tiempo, de tal ó cual pais, se reduce y desvirtua; la política universal y eterna se presenta siempre la misma; se sale hombre y se vuelve filósofo, adoptando por todo partido, el partido de Dios. La opinion se convierte en una filosofia, y la política en una religion: tal es efecto de los largos viajes, y tal el de los profundos pensamientos ocurridos cuando se atraviesa por el Oriente. Solo se comprenden como en el fondo de un abismo incomprendible los secretos del lecho del Océano, antes que el Océano se seque: otro tanto acontece con los pueblos; la historia no comprende á estos hasta que dejaron de existir.

Mientras su viaje á Oriente, fué elegido Lamartine diputado por el departamento del Norte, desempeñando este cargo por espacio de doce años, enteramente aislado de los partidos, buscando el camino de la verdad y la luz de la filosofia en todo, tomando la palabra y usándola ya en pró ya en contra del gobierno, sin profesar odio ni afecto alguno á la nueva dinastia, viéndola reinar en calma, y solo dispuesto á protegerla cuando gobernase segun los

principios de una democracia progresiva en derecho y en poder, ó á resistirla cuando emprendiese una marcha de reaccion ó retroceso.

Los principios políticos del diputado eran entonces los de la verdad eterna, aquellos que se encuentran en el gran libro, llamado *El Evangelio*: la igualdad de los hombres ante Dios, puesta en práctica aquí en la tierra, por medio de leyes y formas de gobierno, que dan al mayor número y dentro de poco darán á la universalidad de los ciudadanos, una parte idéntica de intervencion personal en el gobierno, y tras de esta los beneficios morales y materiales de la sociedad humana.

Pero, esto no se opone á que Lamartine reconociese como reconocia en efecto el gobierno de la razon por de mejor índole que la soberanía brutal del número, puesto que, siendo á sus ojos la razon el reflejo de Dios sobre el género humano, la soberanía de la razon era la soberanía de Dios. No llevaba hasta lo quimérico sus ideas de igualdad violenta y actualmente imposible de las condiciones sociales, ni comprendia sociedad alguna civilizada sin las siguientes tres bases que parecen dadas por el mismo instinto, ese gran descubridor de verdades eternas, á saber: el Estado, la propiedad y la familia. Se horrorizaba solo al pensar en el comunismo de bienes, que ha de envolver necesariamente el comunismo de la mujer, del hijo, del padre, de la madre, y el embrutecimiento de la especie, compadeciéndose del socialismo en sus diferentes fórmulas, *sansimoniana*, *fourrierista*, *espropiacion del capital*, á pretexto de emancipar y multiplicar el producto. Ciertamente que la propiedad como todo lo demas le parecia susceptible de perfeccion en virtud de instituciones que la desenvuelva, en vez de aniquilarla; pero en su concepto la forma mas libre y perfecta de asociacion entre el capital y el trabajo era el salario protegido, puesto que este es la proporcion exacta, libremente combatida entre el valor del trabajo y las necesidades del capital, proporeion espresada en todo pais libre por lo que se llama concurrencia.

Ultimamente, penetrado de las ventajas de la propiedad, ver-

dadero derecho de ciudadanía de los tiempos modernos, aspiraba á extinguir gradualmente el proletariado, llamando á la propiedad mas estensa al mayor número posible y despues á la universalidad de los ciudadanos; bien que reconociese siempre que la primera condicion de este llamamiento sucesivo de una parte de la propiedad en la mano de todos, debia ser el respeto á la propiedad en la mano de los propietarios, de los comerciantes y de los industriales, elevados ya á esta dignidad y bienestar por el trabajo y por el derecho hereditario de la familia. Desposeer á los unos para enriquecer á los otros, le parecia á Lamartine en vez de progreso un despojo ruinoso para todos.

Con tales ideas acerca de la parte social de la revolucion que muy en breve iba á efectuarse ó mas bien acerca del gobierno que deberia establecerse en provecho de las masas, llano es suponer que el diputado por Macon no se presentaria, como no se presentó en efecto, en algunos de aquellos banquetes oposicionistas, dados en Paris y en otras ciudades de Francia á fines de 1847; parecióle desde el principio á Lamartine, que semejantes demostraciones confusas y turbulentas, ó no alcanzarían ó pasarían el limite de su oposicion. Esto, no obstante, cuando llegó el momento critico de hacer frente á las arbitrariedades del poder, cuando el someterse á las exigencias de un ministro, hubiera sido, como dijo el mismo Mr. Alfonso, poner el cuello de la Francia bajo los piés del funcionario, ya entonces abogó por el derecho de reunion, y, lo que es mas, hizo cuanto pudo por sostener á la oposicion parlamentaria en su primera idea de concurrir al banquete preparado en Paris para los últimos dias de febrero.

Llegado el 24 de este mes y año de 1848, dióse principio á aquel drama sangriento representado en las calles de la capital de Francia, que no terminó sino con la muerte de una multitud de ciudadanos y la abdicacion de Luis Felipe; pues bien, en esta ocasion no desempeñó Lamartine otro papel que el de pacificador de los amotinados y director de la revolucion por el camino mas corto y que menos trastornos políticos y sociales ocasionase al país. Sin

haber tenido de antemano la menor parte en todo lo que fuese conjuracion contra la monarquia, el diputado por Macon se habia acostado la vispera afligido por la sangre vertida en el boulevard, pero confiando al propio tiempo en que la noche, durante la cual cesó la lucha, y algunas concesiones del monarca al dia siguiente, pondrian total fin al movimiento. Y á la verdad, no perteneciendo Lamartine á ningun partido en la Cámara, faltó absolutamente de cómplices en las calles y retenido en cama por una indisposicion ligera, ¿qué necesidad tenia él de salir de su inaccion?

No obstante, serian las diez y media de la mañana del dia siguiente, cuando uno de sus amigos fué á decirle, que se temia una invasion del pueblo en la Cámara. Entonces se levanta precipitadamente Lamartine, bien que teniendo aun por imposible que 50,000 soldados reconcentrados en Paris no hubiesen podido sofocar el movimiento, y la idea sola del peligro á que pudieran verse espuestos sus compañeros, le hace dirigirse corriendo á participar de él. La popularidad y el aprecio de que gozaba dentro y fuera del sagrado recinto, podia hacer su presencia útil y su intervencion necesaria para proteger la vida de los diputados ó de los ciudadanos. Ahora, por lo que toca á la cuestion politica, esta le parecia resuelta por de pronto, con la abdicacion, verificada ya del rey; así es que salió de su casa por un sentimiento de honor, de ningun modo por la politica, pues creia decidida la crisis. Momentos antes de poner el pié en la calle, dijo: «El dia de ayer ha sido un 20 de junio: una monarquia desarmada que capitula bajo el fuego de las descargas, no es ya una monarquia; el 10 de agosto viene detras, pero todavía está lejos.»

Solo y á pié llegó Lamartine á la Cámara de diputados, donde le aguardaban bajo el pórtico siete ú ocho personas, completamente desconocidas de él, pero cuya mayor parte eran periodistas de la oposicion y algunos hombres activos, conocidos desde 1830 por sus opiniones republicanas del carácter de las del *National*. Rodeado el diputado por ellos, en los corredores de la Cámara, vióse en la precision de otorgarles una conferencia secreta, que le pedian con

premura, en una sala interior del edificio. Entonces, uno de los republicanos tomó la palabra á nombre de todos, y dijo á Lamartine: «El tiempo vuela, los acontecimientos nos amenazan con un resultado desconocido; nosotros somos republicanos, y nuestras convicciones, nuestras ideas y nuestras vidas están dedicadas á la república. No habíamos de negarlo precisamente en el momento en que nuestros amigos derraman su sangre fuera de aquí por esta causa: ella será siempre el alma de nuestras almas, el objeto supremo de nuestras esperanzas, la tendencia constante de nuestros actos y escritos: en una palabra, no la abandonaremos nunca; pero podemos aplazarla y suspenderla ante otros intereses superiores, según nosotros, á los de la república misma, los intereses de la patria. ¿Está la Francia madura para esta forma de gobierno? ¿La aceptaría sin resistencia? En el caso de plegarse á ella, ¿no cometería despues ninguna violencia? Hé aquí los escrúpulos y las dudas que nos asaltan; pero á pesar de todo es preciso decidirse. El pueblo invoca vuestro nombre y confia en vos; sois, pues, el hombre de las circunstancias. Lo que digais será aprobado, lo que hagais se tendrá por bien hecho. El reinado de Luis Felipe ha concluido, y ya no es posible una avenencia entre él y nosotros: pero hay un término medio; la continuacion de la monarquía temporal bajo el nombre de un niño, bajo la débil mano de una mujer, y bajo la direccion de un ministro popular mandatario del pueblo y querido de los republicanos. ¿Quereis vos ser el ministro, el tutor de la dignidad real moribunda y de la libertad naciente, gobernando á esta mujer, á este niño y á este pueblo? Tened entendido que en semejante caso, el partido republicano se os entrega auténticamente por nuestro órgano, y que estamos prontos á comprometernos de una manera solemne para colocarnos en el poder por la fuerza irresistible ya de la revolucion, á sosteneros en vuestro puesto y aun perpetuaros con nuestros votos, nuestros discursos, nuestras sociedades secretas y hasta con nuestras fuerzas disciplinadas en medio del pueblo.» Al llegar aquí el orador entusiasta y concienzudo cesó de hablar, dando sus colegas las mayores muestras de asentimiento á

este discurso con su silencio y sus ademanes. Entonces Lamartine, previo un momento de silencio y de reflexion, dijo, entre otras cosas:

 «Aunque no soy republicano de raza, es decir absoluto, como vosotros, voy á probaros que lo soy político, es decir más republicano que vosotros mismos. Créo deber rehusar en este momento la cooperacion que teneis á bien ofrecerme para aplazar la república, dado caso que esta haya de nacer en hora determinada: como republicano político os declaro que no conspiro, que no destruyo, que no deseo siquiera actualmente la caída del trono; pero una vez en tierra por sí mismo, no seré yo seguramente el que trate de levantarlo, ni seguiré otro movimiento que el mas pronunciado, esto es, el de la república. Voy á deciros el por qué.

El pueblo tranquilo quizás esta noche con la proclamacion de la república, volverá á la carga mañana para conquistar otra innovacion, y sucederá al cabo que habiendo obtenido en cada una de estas manifestaciones una semi-concesion, se habrá llevado hasta el último resto del poder. Las masas serán impelidas por otros republicanos más ardientes que vosotros, y esto cuando solo hayais dejado al trono lo suficiente para irritar á la libertad y sin lo necesario para contenerla. Un trono así será objeto constante de las oposiciones, de las sediciones y de las agresiones de la multitud; del 20 de junio ireis á dar en el 10 de agosto, y de aquí en las terribles jornadas de setiembre. Hoy se pediría á este poder débil el cadalso en el interior y mañana la guerra nacional en el exterior; no podría negar nada sin esponerse á ser violentado; escitariais al pueblo á verter sangre. Desgraciada y horrorosa revolucion si llegase á tomarla el gusto! Traeria en pos de sí el 93 de la miseria, del fauatismo y del socialismo. La guerra civil fomentada por el hambre contra la propiedad, pesadilla de los utopistas, vendria á ser la realidad momentánea de la patria. Por haber querido detener á una mujer y á un niño en la pendiente de un destronamiento pacífico, hariais que

rodaran la Francia, la propiedad y la familia por un precipicio de anarquía y que cayera finalmente en un abismo de sangre.

Pero confio aun que Dios alejará esta crisis de nuestro pais: y por lo que á mi toca os repito, que yo acepto las revoluciones pero no las hago. Para echar sobre si la responsabilidad de un pueblo, es preciso ser un malvado, un loco, ó un Dios.» — Lamartine dice bien, exclamó entonces uno de los interlocutores. — Separémonos y obrad como mejor os parezca, añadieron los otros, dirigiéndose al diputado. — Así sucedió en efecto, Lamartine se entró en el salon de las sesiones y los republicanos salieron del edificio.

Difícil y ageno de este sitio seria referir uno por uno todos los acontecimientos que tuvieron lugar en aquella sesion borrascosa, y aquel dia memorable (el 24 de febrero) en que quedó proclamada la república y nombrado un gobierno provisional en Francia; así que, baste saber que Mr. de Lamartine formó parte de dicho gobierno; que este honrado y celoso diputado, dando pruebas de una serenidad y un valor admirables, hizo los mayores esfuerzos y consiguió al fin restablecer el orden público fuertemente alterado en el seno de la representacion nacional, en las calles y en las plazas de Paris; que combatió luego tenazmente y triunfó de la anarquía en el *Hôtel-de-Ville* y otros puntos, y por último, que, encargado del ministerio de Negocios extranjeros, y á favor solo de su *Manifiesto á la Europa*, impidió que esta se armase contra la Francia, salvando así á su pais de una anarquía en el interior y de una guerra en el exterior. Pero todo esto no impidió que al cabo de algun tiempo perdiese su prestigio entre las masas y se viese precisado á retirarse á la vida privada. En ella permanece actualmente el célebre escritor, respetado de su familia, honrado de sus conciudadanos, y siendo la admiracion de todos los amantes de la elocuencia y la mas bella poesía.

COLOCACION DE LAS LAMINAS.

	Págs.
Retrato de Lamartine (I)	1
Genoveva y Cipriano (II)	94
Joaquin, Genoveva y Lamartine (III)	207
Toussaint-Louverture (IV)	358

